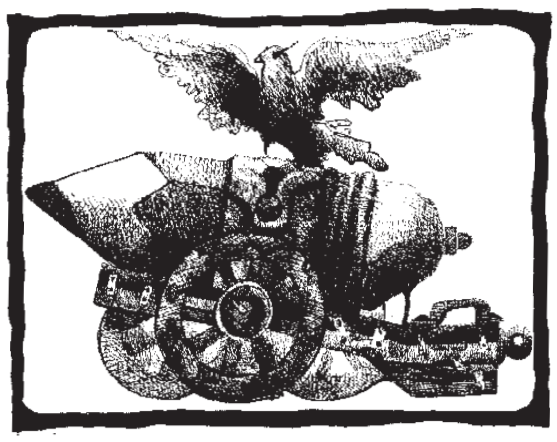
Permítanme entonces imaginar que, al principio, no había nada.

Carlos Fuentes (*Los cinco soles de México*)

Suplemento CULTURAL



Editor y diagramador
Rafael Cuevas

El *Suplemento Cultural* es una publicación del Instituto de Estudios Latinoamericanos (IDELA) de la Facultad de Filosofía y Letras, y del Programa Identidad Cultural, Arte y Tecnología (ICAT) del Centro de Investigación, Docencia y Extensión Artística (CIDEA). Correspondencia, observaciones, sugerencias y colaboraciones se pueden hacer llegar al Apartado Postal Nº 86/3000 Heredia, COSTA RICA, o al correo electrónico rmolina@una.ac.cr

Se acepta canje

NÚMERO 72

UNA UNIVERSIDAD NACIONAL COSTA RICA



"MI EXPERIENCIA ES DE GENTE QUE NO TENÍA HISTORIA"

FROILÁN ESCOBAR, ESCRITOR CUBANO RESIDENTE EN COSTA RICA, HA PUBLICADO RECIENTEMENTE UNA NOVELA: *ELLA ESTABA DONDE NO SE SABÍA*. A PROPÓSITO DE ELLA HEMOS CONVERSADO CON ÉL.

Rafael Cuevas Molina (RC): *Froilán, lo que primero llama la atención en tu novela, e impresiona al lector, es el uso del lenguaje, lo cual es remarcado por Cintio Vitier en la presentación que le hace al libro –una presentación, por demás, muy fraterna y cercana a ti– ¿Qué nos puedes decir respecto al lenguaje, cuáles son tus inquietudes, qué búsquedas tienes al respecto?*

Froilán Escobar (FE): Yo diría que es un lenguaje fervoroso que busca atrapar los elementos del mundo exterior. Es decir, parte de muchas cosas: en primer lugar, tiene que ver con una vivencia que yo tengo del lenguaje en mi infancia y, después, de ese rastreo que uno va haciendo a lo largo de su vida con las lecturas de obras y autores que va descubriendo, y que van dejando un sedimento, una huella, una configuración en uno. Haber conocido a Martí, a Vallejo, a Lezama, a Arguedas, a Rulfo me hizo buscar un lenguaje que tratara de expresar de una manera que no fuera convencional, distinta al lenguaje que a uno le llega por la vía de las instituciones, que es un lenguaje estereotipado.

Yo soy de la provincia de La Habana, pero mis padres son del extremo occidental de la isla, y en esa región –en donde mi padre nació a fines del siglo XIX– se conservaba, por ser un lugar muy aislado, un lenguaje muy vital para comunicar las cosas y también, por esa misma razón, con un sentido que a mí siempre me pareció muy original en la voz de mi padre.

Es un lenguaje muy querido que yo he saboreado, trenzado y multiplicado a lo largo de mi vida, y que busca un efecto, una ilusión de oralidad, pero no pertenece a nadie en particular sino que es un lenguaje construido.

Eso es lo que yo puedo decir *grosso modo* sobre el lenguaje. No me interesa solamente un lenguaje para contar una historia, sino una historia para contar un lenguaje.

RC: *"Una historia para contar un lenguaje". Es decir la historia en alguna medida como una excusa para poder desarrollar una búsqueda…*

FE: En doble vía: el lenguaje para contar la historia, pero también la historia para contar el lenguaje…

RC: *Siento que el lenguaje en tu novela es un personaje como tal…*

FE: Yo creo que sí, que tiene una densidad tal que se puede considerar como algo que está vivo. Trato, entre otras cosas, de rescatar las palabras de su significado habitual para revelar otras significaciones. Es, diría, un ensanchamiento de la poesía. Y no estoy haciendo ningún descubrimiento: hay que recordar que toda la literatura se construye sobre el trabajo del lenguaje como valor primero. De ahí su gran capacidad de permanencia que hace a veces trascendente una historia que tal vez ya ha sido contada. Realmente no hay tantas historias en el mundo; desde Homero para acá las historias son las mismas.

RC: *Esta historia se inicia con el nacimiento de una niña y un pájaro. ¿Cómo debe entender eso el lector? ¿Cómo una gran metáfora?*

FE: Yo creo que toda la historia es una gran metáfora. Para mí la realidad es como un gran poliedro que, además, se mueve. Es la historia de una persona, pero la historia de una persona es la historia de muchas personas. Porque, en principio, lo que le ocurre a cualquier ser huma-

Untitled-35 1

11/18/08 10:11:20 PM

no, potencialmente le puede ocurrir a cualquier otro ser humano. Pero en particular a mí me interesaba la historia de una mujer que, de alguna manera, simbólicamente, es la historia de mi madre, y es la historia de muchas mujeres, sobre todo en América Latina. Esa situación de humillación y olvido, es la historia de una mujer sin historia, como ocurre casi siempre, que las mujeres son anónimas… todavía son anónimas…

RC: *Y más unas que otras.*

FE: Cierto, más unas que otras. Pero en general, quiero decir que los hombres tienen más oportunidades de no serlo. A las mujeres, sin embargo, les es más difícil. Entonces yo quise construir la historia de una mujer que no tenía historia, para dar a conocer su tragedia social y humana. Por esa razón es una historia compuesta de muchas historias. Una historia múltiple sobre un problema doloroso, pues aun cuando se lanza a realizar lo imposible para poder realizarse, cuando acude hasta a las alucinaciones para poder salirse de sus pies y del mundo en que le ha tocado vivir, siempre la señalarán con el dedo. Por salirse de lo establecido, la cargan de calumnias. Ese es el caso, metafórico, de esta mujer que dice que vuela y que, entonces, la consideran una prostituta. Consideran incluso que tiene relaciones con el Diablo. Es decir, no puede salirse de lo que está estatuido para una mujer porque, si se sale, inmediatamente la van a condenar.
Eso trata de ser el libro que puede considerarse, en tanto que estructura, como una novela disfrazada de libro de cuentos, por su fragmentariedad. Es como una imagen que se recupera de un espejo roto: solo son fragmentos, muñones los que asoman. Lo que hay de esa mujer son muñones. Yo creo que esa es la situación del ser humano en esta época. Es una historia fragmentada por la pobreza, la ignorancia. Volar para ella no es un capricho, una ocurrencia. Es la única manera que tiene de escapar. Yo quise, con la estructura, ayudar a construir la historia de una mujer cuya vida está fragmentada, hecha pedazos, y de la cual hay muchas versiones, es decir, ella cuenta a veces una historia y después la cuenta otro de forma diferente. Esa es la historia de nuestros pueblos, la historia del rumor, del murmullo. Es una mujer presa de una susurración.

RC: *Esta es una historia que, de alguna forma, te es lejana ahora. Te es lejana temporalmente: es la historia de tu madre en la Sierra Maestra y de la guerra insurreccional en Cuba; es del ámbito rural en donde tú ya no vives; sucede además en Cuba en donde tú ya no estás… ¿Qué producen en ti todas esas lejanías? Si fuera un ensayo diría que te permite objetividad, pero en la literatura y en esta historia ¿Qué te permite?*

FE: Bueno, la distancia siempre permite una visión crítica de las cosas, que adquieren un tamaño, una dimensión que tal vez cuando estás pegado a ellas no la puedes apreciar cabalmente. Aprecias una nueva profundidad, una nueva densidad. Aprecias el dolor, el sufrimiento. Toda literatura parte de experiencias vitales, de lo vivencial, pero está mezclado con muchas cosas. Esta es la historia de muchas mujeres, sobre todo porque yo, por mi trabajo como periodista, estuve ahí en la Sierra Maestra y conocí muy bien el escenario de los hechos.
El disparador, la motivación de esta novela fue una mujer que conocí en la Sierra Maestra. Yo iba hacia adentro de las montañas y el camión que servía como bus se había ido. Me quedé varado en un pueblito que está en las estribaciones de las montañas, que se llama Oro de Guisa, y tenía que esperar como cuatro o cinco horas. Entonces me fui a la salida del pueblo para ver si pasaba alguien y que me llevara. Vi, entonces, una cosa que me pareció inusitada: en medio del bosque había como una carpa de circo gigante, enorme, y me pregunté "¿Qué será eso?". Como estaba esperando dije : "Voy a ir a ver". Me encontré con un hombre que con tela de mosquitero había tapado árboles, un pedazo grande del bosque, y tenía eso lleno de pájaros. Este hombre, muy singular, me llevó a su casa, y ahí había una mujer tendida en una hamaca, que no hablaba. En Cuba ya prácticamente no quedan descendientes de aborígenes, en la parte Oriental solamente, y ella era descendiente de ellos, con el pelo, como decía Colón, "de caballo", grueso, negro. Era una mujer ya mayor que él me dijo que esa era su mamá. Ellos vivían al pie del cementerio, y en la casa había cosas muy singulares. Me dijo que su mamá casi no hablaba y que estaba tirada ahí siempre. Yo salí impresionado y hablé con alguna gente del pueblo y les conté sobre este hombre y esta mujer; algunos me dijeron que era una bruja, y que el hijo la amarraba con un mecate para que no se fuera porque volaba. A mí me pareció aquello tremendo, terrible, porque era una pobre mujer: vivían en una situación de pobreza extrema. Todo eso a mí me quedó dando vueltas y, como no tenía historia, yo le construí una historia.
Mi experiencia es de gente que apenas eran nombres, que no tenían historia. Mi padre no conoció a su padre. Murió en el combate en Ceja del Negro, en 1896, haciendo la Campaña de Pinar del Río con Maceo. Mi padre no lo conoció, porque, en ese momento, aún no tenía un año de nacido. Tuvo que andar toda su vida con el nombre de su padre a cuestas, porque solo el nombre tuvo para recordarlo. Yo trato de expresar cosas que se han invisibilizado y que, sin embargo, conviven contigo porque, en este caso, mi padre hablaba de su padre, aunque solo hablaba de un nombre sin un rostro detrás, sin una vida. Era como una ausencia que lo esperaba. Esa ausencia, ese extrañamiento siempre ha funcionado en mí como un resorte, como una necesidad de configuración de cosas que están ahí pero que tú no sabes, que no conoces. Es como un enigma que te acompaña. Y con esta mujer me sucedió igual. Es decir, yo la vi ahí, tirada sobre una hamaca. Era una mujer sin historia, lo único que sabía era que casi no hablaba y lo que decía la gente.

RC: *Y a partir de eso construiste…*

FE: Sí, uniendo las historias de muchas mujeres, incluso la de mi propia madre, que fue huérfana desde niña y lo único que hizo toda su vida fue lavar. A mí me daba mucha gracia con mi mama, porque a veces hacía un día maravilloso y yo le decía "Oye vieja, mira que día tan lindo, increíble", y ella decía "Que bueno para lavar". Era bueno para lavar porque se secaba bien la ropa, ese era su referente fundamental. Bueno, ese mundo de pobreza, de ausencia, de anonimato, yo he querido llenarlo de alguna manera. Llenar ese hueco. He querido que, por el muñón roto, crezca en pasos el pie entero.

RC: *Y, tal vez, mostrar como lo "intrascendente", lo no importante es, en última instancia, lo que construye la vida…*

FE: ¡Claro! Sí, la vida está hecha de cosas pequeñas…

RC: *Que usualmente no se considera que es lo que debe ser resaltado, lo que debe ser recogido, premiado…*

FE: No produce prestigio ni éxito. La gente de la que hablo es gente que desconoce esa palabra, que nunca ha estado en su vida ni en su horizonte.

RC: *Otra reflexión que me hago tras la lectura de tu novela es que no hay nadie que no se sienta, él mismo, lo más importante. Es decir, nadie se siente totalmente intrascendente.*

FE: Tal vez eso que tú dices lo determinan las circunstancias. Yo pienso en mi abuelo, el que murió en el combate de Ceja del Negro. Se trataba de un hombre analfabeto, de un hombre que vivía de trabajar en el campo y que, cuando Maceo pasa cerca de allí con la invasión desde el otro extremo de la isla, sale en su busca. Lo deja todo por unirse a los que luchaban por la independencia de Cuba. Pero antes de unirse a Maceo, tiene que recorrer un largo trayecto de múltiples peligros y privaciones para llegar hasta el pueblecito que se llama Mantua. Yo siempre me he preguntado por qué ese hombre acudió al llamado si era el ignorante por excelencia. Sin duda hay cosas que nos sobrepasan, que están más allá de nosotros. Lezama lo explicaba con un ejemplo. Contaba que Martí hacía unos discursos vivíparos a los tabaqueros para recaudar fondos para la guerra. Eran discursos inflamados de imágenes: "Las novias son palmas que esperan…", que parecía que nadie podía entender. Y había allí un periodista norteamericano –según contaba Lezama, a quien a su vez se lo contó su padre– que, con ironía, con cierta sorna le pregunta a uno de los tabaqueros: "¿Y usted entiende lo que dice?", y el tabaquero le da una respuesta increíble: "Yo no entiendo lo que dice, pero yo sé que tengo que dar la vida por lo que dice". Le dio la respuesta mayor, es decir, no hacía falta comprender lo inmediato porque ya estaba resuelto lo trascendente. Yo creo que en el caso de mi madre y de esta mujer que no hablaba, también estaba resuelto lo trascendente. Quizás esta mujer, a la que acusaban de volar y de ser una bruja, la única puerta de escape que tenía era la del sueño. Pero el sueño es lo que construye la realidad, y esa gente que no tiene nada quizás lo tiene todo.
Con el lenguaje también intento representar a esa gente. El lenguaje de nuestros pueblos está lleno de hermosas imperfecciones, de pleonasmos, de anacolutos, de figuras que se consideran vulgares o feas. Yo traté, como te digo, de asumir esas imperfecciones, de ir, mediante ellas, en pos de la belleza. Traté de asumir la redundancia pues somos pueblos redundantes, enfáticos que entramos para adentro, salimos para afuera, subimos para arriba y bajamos para abajo. Y ¿cómo expresamos y cómo construimos esta cosa fugaz y tremenda que es la realidad? ¿Y ellos, cómo la construyen ellos? Yo también quise rescatar eso a nivel de estructura, porque me parece que ahí hay una forma original de ver el mundo, una forma auténtica de ver y expresar el mundo, lo cual, de alguna manera, estaba en la voz de mi padre, y también ese mundo alucinante, esquizoide, pero que es una puerta de escape de esa realidad que oprime a la gente, que no le permite tener ni siquiera un bocado para llevarse a la boca y que, encima de eso, en el caso particular de las mujeres, tienen las calumnias. Yo quise expresar ese mundo y ahí está la tragedia de una mujer que no tiene historia y que quiere ser un ser humano y no la dejan serlo, y sueña con estar en el mundo y, a lo mejor, llega a descubrir que lo que está bajo sus pies es lo mejor del mundo. Pero en sus contradicciones, porque eso está lleno de contradicciones, de avances y retrocesos, de extremidades que se cortan y que crecen después. A nivel de lenguaje, a nivel de historia, quise mostrar lo que a mí más interesa: el ser humano que estaba ahí, en esa historia y en ese lenguaje, y que de alguna manera hay que expresarlo.

RC: *Doy un pequeño viraje. Tú, personalmente, hijo de una lavandera, de un hombre analfabeto ¿Cómo estás hoy aquí en una universidad, con un gran escritorio…?*

FE: Gracias a la Revolución…

RC: *¿Qué significa eso?*

FE: Mira, cuando triunfó la Revolución, mi padre me dijo: "Froilán, no te puedo comprar el uniforme este año", y yo ya estaba haciendo el último año de la enseñanza secundaria. Eso me cayó como un tremendo balde de agua fría. Porque mi padre, a pesar de haber sido un hombre analfabeto tenía una capacidad tremenda –hablando en términos de desmesura–, sabía todos los oficios, era carpintero, electricista, albañil y era excelente; era un hombre lleno de sueños que aprendió a leer solo. Leía mucho, le interesaba mucho la ciencia, lo mezclaba todo, mezclaba la ciencia, la religión, los sueños… y me dijo: "Froilán, no te puedo comprar el uniforme y sin el uniforme no te dejan entrar a la escuela". Pero llegó la Revolución y, de pronto… En mi infancia, la gente nacía y moría en el mismo lugar, no se podían desplazar, no se podían mover y los que se movían a veces cambiaban lo que tenían por un mundo inferior, no había posibilidades. A pesar de que vivíamos a treinta kilómetros de La Habana. Cuando triunfó la Revolución llegó la esperanza. Esa es mi experiencia. Yo sé que para alguna gente pudo haber sido terrible, pero para mí es una experiencia hermosísima, llegar a la universidad y tener todas las posibilidades. Yo me quedaba sorprendido cuando llegué a ser periodista que me pagaran por hacer algo que a mí me gustaba tanto, que disfrutaba. Pude conocer la isla y después el mundo. Estoy aquí en Costa Rica porque me enamoré, pero yo no soy ningún exiliado, aunque veo críticamente mi realidad. Yo considero que uno es también un ciudadano del planeta. Y, como yo, he conocido muchísimos casos, y no solo en un sentido sino en muchos sentidos, que se realizaron gracias a la Revolución porque no había ninguna posibilidad… para los pobres. Y yo me he realizado plenamente, totalmente. Me parece que uno debe devolver la moneda y ser agradecido. Yo creo que la Revolución fue nuestro gran momento. Nosotros veníamos de una frustración que fue la República, después de la independencia; después de años y años de luchar por lograr la independencia los norteamericanos nos escamotearon la independencia.

RC: *Otro viraje, Froilán. Eres también escritor de literatura "para infantes"…*

FE: …menores de cien años.

RC: *¿No hay literatura para niños?*

FE: No, yo considero que no hay literatura para niños. Hay una sola literatura: la buena. Los niños toman de ahí lo que está dentro del marco de su experiencia. Considero que lo demás es un artificio de las editoriales para buscar mecanismos de venta. Si tú hablas de una literatura para niños, tendrías que hablar de una literatura para viejos, de una literatura para negros, de una literatura para mujeres, de una literatura para hombres de entre cuarenta y cuarenta y cinco años, porque en definitiva tú asimilas lo que está dentro del marco de tu experiencia. Si en tu casa tus padres leían *El Quijote* o la *Biblia* ese era un libro para niños. Lo de lo difícil o fácil es relativo. Siempre hay literatura difícil y fácil, pero ¿para quién es? A mí me parece que el asunto de las clasificaciones es algo puramente comercial que ha producido una sub-literatura, o una no-literatura, o una casi-literatura. A mis hermanos y a mí nuestro padre nos leía *El cantar de los cantares*. Hay cosas que los niños han hecho suyas, que fueron en un principio para adultos. *Los viajes de Gulliver* no era un libro para niños; Jonathan Swift era un amargado tremendo que escribía, irónicamente, sobre los problemas políticos de su época. No tenía nada que ver con la infancia. Mira, en *Las mil y una noches*; los viajes de Simbad pueden verse como algo de aventura pero es una literatura de una complejidad tremenda, y no solo los viajes de Simbad, sino algunas otras historias terribles, como la de la mujer que se casó y era una bruja y el marido descubrió que por las noches se iba de la casa y pensaba que le estaba siendo infiel, pero resultó que a donde iba era al cementerio a comer muertos. Depende, entonces, del marco referencial en que esté cada cual. Si tu padre te leía los clásicos, para ti los clásicos están

Untitled-35 2 11/18/08 10:11:24 PM

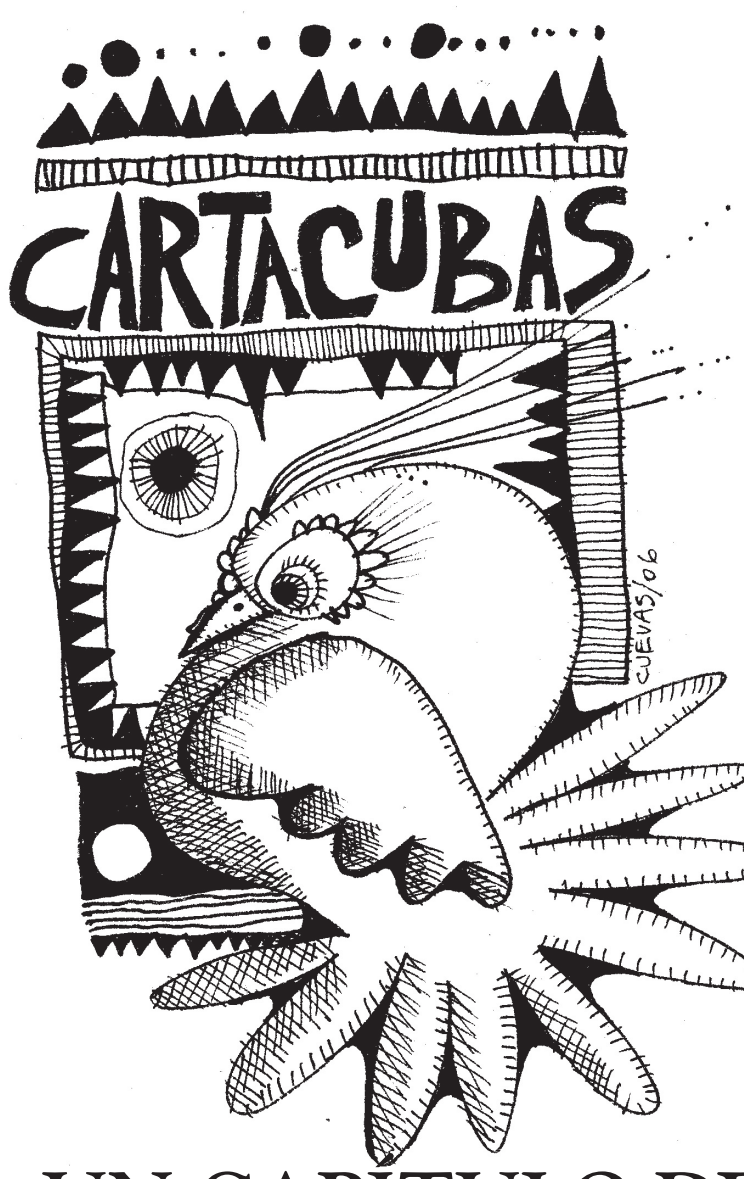
engarzados en tu vida infantil, y los recuerdas como la vez en que fuiste con tu madre a ver el mar, por ejemplo, o recuerdas, como una vivencia, una metáfora de *Platero y yo* o de *Pedro Páramo*.

RC: *Tienes dos premios en Cuba como crítico. Hablemos un poco de esa dimensión de tu trabajo.*

FE: Son premios de la crítica como escritor, a dos de mis obras.

RC: *¿Qué estás haciendo ahora y qué planes hay para el futuro?*

FE: Terminé una novela hace poco que se llama *La última adivinanza del mundo* y que la tengo ahí en salmuera, esperando porque se la he dado a algunos amigos para conocer criterios y creo que es algo que todavía debo trabajar un poco más. Ahí relato la historia de un hombre que es mi abuelo, historia que yo investigué largamente. Aquí lo real se explica a través de lo mágico, del mundo mágico de los negros cubanos. El primer hecho mágico fue la forma en que mi padre se enteró donde había muerto su padre. En 1961, yo regresaba de haber subido el pico más alto de Cuba y uno de mis hermanos se había ido a alfabetizar para Pinar del Río. Entonces, cuando yo llegué, mi padre me cuenta que mi hermano estaba alfabetizando en Pinar del Río, y decidimos ir a verlo él y yo. Nos fuimos de noche y llegamos a la capital de la provincia a la media noche. Esperamos a que saliera el primer transporte para Viñales, que era en donde se encontraba mi hermano. Teníamos que bajarnos en el kilómetro catorce y, por equivocación, nos bajamos en el doce. A esa hora todo estaba totalmente oscuro. Mi padre era un hombre viejo, tenía un enfisema pulmonar y por tal razón se fatigaba mucho cuando salía el sol. Pasó un lechero a esa hora y le preguntamos "¿Cómo se va a Loma Blanca?", y nos dijo: "Por este camino, bajando por aquí salen directo allá". Empezamos a caminar y, cuando llegamos abajo (porque aquello es un hoyo entre los mogotes de Pinar del Río, que son unas montañas cárcicas que, vistas desde lejos, parecen elefantes echados), como el sol estaba muy caliente, mi padre estaba muy sofocado, muy mal, muy alterado, y se sentó debajo de un árbol a la sombra y yo me puse a merodear. Por ahí cruzaba un río, después supe que era el río Guao (Guao le decimos a un tipo de chile chiquitico muy picante), y había un obelisco que yo me puse a ver. Tenía una tarja en la que se podía leer: "Combate de Ceja del Negro, 1896", y daba una relación de los cubanos caídos, cincuenta y tantos, y entre ellos uno: Ramón Escobar Vento. Y yo en ese momento no lo relacioné con mi abuelo, porque mi padre a veces mencionaba a su padre pero muy de vez en vez, y como no había una imagen detrás del nombre yo no lograba retenerlo. Entonces yo le dije: "Viejo, aquí aparece el nombre de una persona que tiene el mismo apellido de nosotros". Él me dijo: "¿Cómo se llama?" y yo le contesté: "Ramón Escobar Vento". A mi padre yo nunca lo había visto llorar porque los pobres, la gente que se cría a la intemperie, se vuelve dura, pero entonces mi padre se echó a llorar. Yo me dije: "¿Qué habré hecho?". Y ahí, entonces me dice: "Ese es mi papá". Acababa de descubrir dónde había muerto su padre. Eso me creó inquietud a mí y, cuando ya me hice periodista, fui al Archivo Nacional y me puse a investigar y encontré el acta de defunción de mi abuelo firmada por Máximo Gómez. Allí se atestiguaba que había caído ahí en Combate de Ceja del Negro. Pero esos, en definitiva, eran datos muy esquemáticos, como lo que me sucede con esta mujer de la novela que ahora comentaba: son apenas flashazos, muñones que asoman. Son historias donde se repite siempre una ausencia, una invisibilidad, como la de mi padre con su padre. Por eso decidí escribir una novela para construirle una historia a mi abuelo. Lo que hice, a partir de una investigación previa con el historiador de la ciudad de Pinar del Río –aunque a mí no me interesa hacer novelas históricas– fue ir al caserío de La Ovas, al pie de una laguna que está como a diez o quince kilómetros de la capital de la provincia, en donde yo sabía que había nacido mi padre, y me imaginé cómo pudo haber hecho, en aquella época, el recorrido para unirse a Maceo en Mantua, porque ya tenía la certeza que ahí, donde terminó la invasión, se había unido a Maceo. Entonces vimos los posibles recorridos, hice esas rutas para tener elementos de ambiente para el escenario. Llegué al pueblecito de Mantua. Estuve ah, visité el museo de la invasión, hablé con gente y me llené de cosas, de susurros, de sonidos, me llené de ese mundo exterior que a veces suele ser oscuro y que va ganando claridad cuando tú lo tratas de plasmar. Y lo hice ahora. Aquí lo escribí, en Costa Rica. Aquí he escrito tres novelas: *Largo viaje de ceniza*, que se publicó en España y que narra la historia de los primeros años de la Revolución, cuando muere el traidor Eutimio Guerra, *La última adivinanza del mundo* (que acabo de escribir) y esta que hoy comentamos, *Ella estaba donde no se sabía*. En todas he buscado como una identidad, que por los muñones resucite en pasos –o en palabras– el pie entero.



UN CAPÍTULO DE LA OBRA *ELLA ESTABA AHÍ*, DE FROILÁN ESCOBAR

Las cartacubas se vuelven sapos

Para Luis Arguedas

Cuando estábamos de niños, íbamos a la barranca a ver las cartacubas. Nos acercábamos por la parte de atrás del aire para que no supieran de oírnos, porque las cartacubas son unos pajaritos que no saben ver; vuelan al tiento, por eso se guardan ocultas y existen pendientes de todos los ruidos. Yo y ella nos acercábamos con el pie puesto despacito, sin pisar las hojas, aguantando el resuello por no azorarlas, porque no revolaran. Entonces aparecían, paradas en un gajo, cantando voces: toc toc toc, que el eco de los montes daba en repetir. Y ella, que entonaba igualitico a cualquier silbido, así fuera inclusive el de los pájaros y demás bichos que hubiera, sonaba también la misma manera: toc toc toc, para que no se espantaran por creerse apercibidos ya del peligro.

Todo estaba en su ver. ¡Con sólo asomarse! Yo no; yo aún señalándome el lugar, demoraba en conocer que estaban ahí. No alcanzaba a diferenciarlas de las hojas. Pero ella, con sólo levantar la frente, columbraba el cualquier detalle, incluso los muy meñiques. Era una niña pendiente siempre de sus ojos. Catalogaba minuciadas las cosas. Aunque tratárase de las más finitas pequeñitas, silvestres. Y la Sierra aquella murmullaba en cantidad de minusculidades. Ah cará. Le gustaba, creo, estar cascándole lo oculto al mundo. Ella veía lo que nadie no veía, por más que mirara todas las veces lo mismo. Un suponer, una cigarra, que cuando canta no figura en ningún rumbo, aunque se denuncie completamente con el chirrido con que indica que el día está en su punto de calor. Si uno busca encontrarla, no acontece ni aparece. Pero ella sí sabía. Ella, tan pronto una cigarra empezaba a desgalillarse cantando, paraba el dedo y, dando vuelta en su alrededor, como discurriendo el venir del aire... señalaba el lugar exacto donde frotaba el violincito de sus alas con las patas.

¡Pues lo mismo con las cartacubas! Se las agenciaba para saberles el puesto, encima del gajo, entre el follaje. Las cartacubas son pajaritos cuyo todo es de mucho color, pero sobretodamente verde. Son iguales parecidas que las hojas. Pequeñonas también, dejan que el aire las batuquee, movidas quietas, así. Por eso nadie no las ve, ni aunque se fije permanentemente. No sé todavía cómo se las arreglaba para saberlas enseguida. «¡Míralas, bobo!», me susurraba con la voz, chiquitica. Y yo, aún en el todavía: buscaba y buscaba, sin encontrarlas paradas delante; a veces le decía que sí, que ya las distinguía viéndolas. Pero ¡mentira! Sólo el toc toc toc era para mí lo que eran. Tenía que pasar rato para que después del tanto averiguar, las ubicara. Claro, el problema mayor que yo tenía es que, como ella se paraba alto sobre de alguna piedra, me ensimismaba goloso con el dibujo de sus piernas. Ella alzándose parada para señalarme las cartacubas, y yo queriendo que se alzara más para sorprenderle mejor el bulto redondo de los muslos. En ocasiones la ayudaba a treparse alto en las matas; la empujaba suave, cargándola temblando, como con cosa ya de tener fiebre, gobernado por el escalofrío.

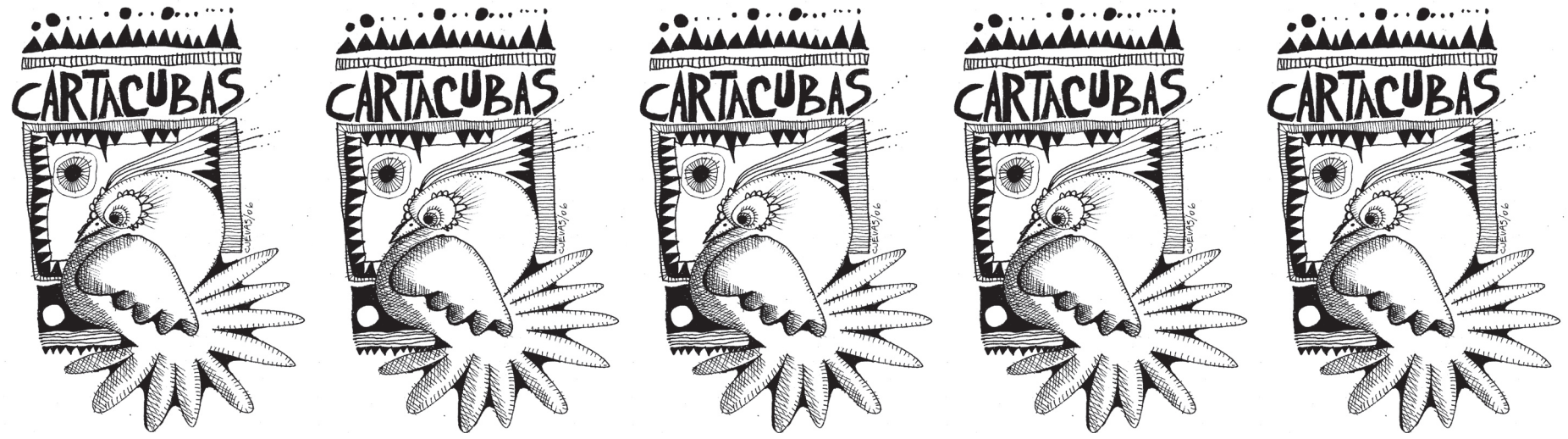
Luego, cuando bajaba y se ponía a explicarme las maneras extrañas de las cartacubas, disimulaba que la oía, hurgando en el lomo del mundo con un palito. Ella sonreía su risa y se le hacía un hoyito en lo debajo de la cara. Ahí, como con las cartacubas, se daba cuenta de mis ocultados pensamientos, por razón de mis ojos, que no sabían salirse de sus ojos. Me quedaba en ella, buscándola más, atrevido. Pero ella se huía, se soltaba de mí y de sus pies, y corría, despotricada, barranca abajo, hasta el fondo. No le daba

Untitled-35 3
11/18/08 10:11:34 PM

miedo el allá de lo hondo.
Yo corría detrás, por no ser menos, por no mostrar temor y por no perderla. Llegábamos hasta donde las cartacubas fabricaban, en las paredes de la tierra, los hoyos de sus cuevas para albergar los nidos. Daba miedo los tantos agujeros juntos, hechos allí, en el silencio. Erizaba que estuviesen de culebras. A ella le gustaba el sin embargo: admirar el trasiego encantado de las cartacubas. Cascaban la tierra para meterse. Luego se atareaban en cargar yerbitas, apuradas, seguro, por poner los huevos. Entraban y salían. Entraban y salían. Sin parar. Sin darse ningún respiro. Así acotejaban el túnel, que era como del largo de una mano para adentro, muy metido. Son pajaritos cuyas plumas tienen por equivocación, porque tienen la maña de meterse en lo debajo de la tierra, con fin de poner sus huevos, perdidos ocultos, como con costumbre de otros bichos arrastradamente ciegos, desterrados de la luz.
Pero ahí no paraba la cosa. Demoraban los días en empollarlos, y nosotros en venir a espiarlas, regocijándose ella, y sintiendo yo aumentado crecido el espanto, porque luego, por la noche, venía a volverme todo en pesadillas. Seguía viendo a las cartacubas hurgar los tantos hoyos, aunque más en lo negro, en las horrendidades de lo oscuro. Sólo que, en vez de huevos, empollaban capullos: unos verdosos asquerosos pegajosos, con uniones de coyunturas vivas, que al abrirse desembuchaban enteras unas culebras, cuyas formas de no cerrar los ojos y acercarse causando silencio, erizan el pellejo y contagian ascos de mucha repugnancia.
Y por el día, al volver donde nos parábamos delante de la barranca, volvía la desazón, el relente propio de lo pesadillado. Por un costado sentía la frialdacita del miedo ya pavor, y por el otro, ella, llevándome al mundo con sus ojos. Ninguna nada le echaba para atrás la mano o la mirada. Buscaba ver. Buscaba querer. Tanteaba los bordecitos con que vivía allí el misterio. Yo la veía pararse en la puntica de los pies para espiar mejor las cuevas de las cartacubas, mientras el cielo, allá arriba, se iba quedando pequeñito, tapado por las nubes.
Corrían entonces muchos cuentos y comentos sobre apariciones y aparecidos. En la Sierra, por entre las lomas, corrían como arroyos a los ríos. Congojas que guarda la gente; angustias de culpas sin pagarse; morires sucedidos con cantidad de destrozos de calamidades, que no hallan explicación y que se sueltan con la lengua, en la hora de la noche, al pie del candil de algún mechón, y propagan vivos a los difuntos. Yo y ella oíamos el terror de mencionar los pasos de los vecinos que colindaban muertos por ahí, sin hallar descanso lejos del cuerpo, porque andaban penando de alma y, a veces –decían–, por asunto de crímenes que cometieron, volvíanse alimañas, culebras o sapos, pájaros de mal agüero, dando lamentos en las noches.
Con ese pie volvíamos, al clarear la mañana, a la barranca. Yo acumulado en mí; ella, soltando suspiros rubios, como igual que su pelo, en lo oscuro. No guardaba señal ninguna de lo que acontece al fondo de los sueños. No parecía mortificarse con sobresaltos. Vivía siempre perpetua, en la alegría, sin ningún asomo de querer cohibirse.
—¿Tú no sientes miedo?
—¿Cómo miedo?
—Sí, no crees que pueda pasar algo...
—Pero, ¿pasar qué?
—No sé, algo, que las cartacubas no sean cartacubas, sino otra cosa, que se vuelvan otra cosa que nos está velando...
—El día en que ahora estamos, luego va ponerse oscuro y será la noche; la semilla que acontece dentro del mango o de la pomarrosa o del jibá, luego será cualquiera de estas matas que frondean; las cartacubas que espiamos poniendo sus huevos en los hoyos, también van a ser...
—¿Cartacubas?
—Quién sabe qué tal vez estarás empollando con tu miedo...
Entonces no me aguanté más. Corrí y metí la mano en el primer hoyo. Caminé por dentro con mis dedos, buscando, como queriendo llegar a lo último. Y llegué, toqué los bordecitos de yerbas del nido. Sentí el sentir de mis uñas, como negándose a seguir, como si vieran delante el qué tenían. Pero como la vi sonreír su risa en mi cara, seguí, empujé con mi hombro mi mano, y con mi mano mis dedos, que parecían negarse a hacer ningún tiento para más alante. Metí entonces el empujón y topé con mi asco al topar con una cabeza, que no era de pajarito, propio, sino de un alguien verrugoso pegajoso, de sapo negro agazapado.
Grité todo el espanto, el corrientazo que me subía por dentro del hueso corriendo y ponía a correr también mi corazón hasta darme corcovios en el pecho. Convulsioné un temblor y quedé suelto incluso, sin goznes en las piernas, que no ponderaban sostenerme. Acumulé un peso en la vejiga, como si el asco sentido pegajoso, estuviera siendo todavía.

Pero para más sorpresa, cuando alcé los ojos, ella reía ahora totalmente su risa, como si hubiese sabido de antemano que los huevos de las cartacubas, cuando no sacan, concluyen en sapos. Me contrarié molesto, entendiendo burla, humillación. Salté de allí, del fin fondo, y corrí para arriba, sin buscar el buen tiento de poner los pies. Rabia y roña en una misma yunta. Fue un tirón hasta lo alto de la loma. Fue un santiamén de rápido, porque no detuve mis pasos en el trayecto. Ya estaba en el cucurucho de la punta, y todavía seguía en mi seguir.

Entonces fue cuando la vi. No estaba abajo donde, pensaba, la había dejado. La vi al lado mío, parada en el aire, soltando aquel mirar bonito que le salía por las comisuras de los ojos. Quedé quieto atestiguando su presencia. Fue lo último final. No guardo otro recuerdo. No supe entender, de más, otra cosa, ni siquiera el remolino que bramaba verde por la cuantiosidad de una bandada de cartacubas que la sobrevoló y se perdió con ella luego entre las matas.



PROGRAMA Publicaciones UNIVERSIDAD NACIONAL

Untitled-35 4
11/18/08 10:11:48 PM